

Ultimas palabras

Al parecer, ahora la gente se muere sin decir ni pío. Antes, todo personaje de alguna connotación tenía preparada una frase para decir al momento de su muerte. Era el parlamento final de una drama o una comedia, según el caso, aquello que los dramaturgos buscan afanosamente para incitar el aplauso después que cae la cortina final. Parecería que cuando moría alguna de estas personas destacadas, la gente, en vez de preguntar "¿De qué murió?", preguntaban "¿Qué fue lo último que dijo?" Y las últimas palabras se registraban cuidadosamente y se repetían como ejemplo para los que permanecían con vida y las generaciones futuras.

El fin de semana pasado me entretuve leyendo un libro titulado *Ultimas palabras famosas*, en el que varios académicos norteamericanos se dedicaron a recoger el testimonio de lo último que había dicho gente de fama. Encontré algunas curiosidades: por ejemplo, distintas últimas palabras atribuidas al mismo personaje. Es el caso de Beethoven, que en una cita aparece diciendo "En el cielo sí que oíré" y en otra cita se lo menciona diciendo, después de rechazar un vaso de vino que había pedido, "¡Lástima! Ya es muy tarde". Lo más probable es que esta última sea la auténtica, pero la primera parece más digna de Beethoven. *Si non e vero e ben trovato*.

La modestia no parece ser la primera cualidad de los antologados. Salvo Leonardo da Vinci, que en su lecho de muerte reflexionó: "He ofendido a Dios y a la humanidad porque mi obra no alcanzó la calidad que debió tener", los otros hacen alarde de orgullo y autosatisfacción. Es el caso de Isadora Duncan, que ni se arrugó para decir a los que la rodeaban al expirar: "Adiós mis amigos. Voy a la gloria".

De todas las últimas palabras antologadas las más cuerdas son las que se le atribuyen a Karl Marx, que en su lecho de muerte fue requerido por su ama de llaves a dejar un mensaje para la humanidad. Molesto, Marx replicó: "Déjeme tranquilo. Las últimas palabras son para los tontos que no han dicho lo suficiente en vida".

El temor a ser condenados e irse al infierno está totalmente ausente en estos moribundos ilustres. Ninguno hace mención siquiera de eso. Por el contrario, todos esperan llegar gozosos al cielo. No es extraño que Santa Teresa al momento de morir dijera: "Sobre mi espíritu flota el divino brillo y la gloriosa visión del mundo al que voy", pero sí resulta curioso que el libertino Casanova justificara su vida diciendo antes del último suspiro: "He vivido como un filósofo y muero como un cristiano". En otros casos, un dejo de humor se siente ante la premonición de la vida celest



tial. El poeta Heine dicen que dijo: "Dios me perdonará. Es su oficio".

Durante la Revolución Francesa se dijeron grandes y elocuentes últimas palabras. Era natural que fuera así; en ese período la muerte era un espectáculo y a los condenados nos les quedaba otro consuelo que gritar a la multitud las últimas palabras que seguramente habían imaginado, retocado y corregido durante el largo cautiverio que solía anteceder a la ejecución. El libro tiene decenas de frases pronunciadas junto a la guillotina. Mis preferidas son dos. Una atribuida a Danton, que advierte a su verdugo: "Muestre mi cabeza a la multitud. Vale la pena". La otra es de Carlota Corday, la asesina de Marat, que al acercarse a la guillotina la miró con curiosidad y dijo: "Esta es la toilette de la muerte, pero lleva a la inmortalidad".

Me pregunto en qué momento de la historia se perdió esta costumbre de registrar las últimas palabras de los que morían. Me imagino que en eso algo tienen que ver los progresos que ha experimentado la medicina, que entrega una sobrevida a quienes ya deberían estar naturalmente muertos. En este período en que artificialmente se prolonga la vida, el enfermo deja de estar en su sano juicio y suele decir sólo incoherencias y mal hilvanadas frases que, por cierto, no merecen la pena registrarlas ni citarlas.

En todo caso, y por las dudas, mejor es morir sin decir ni pío.

Educación: primera prioridad

Quizá nunca una mención pública provocó tanta alegría a los educadores como la que hizo el ministro de Hacienda hace unos días, cuando definió la educación como la principal prioridad de inversión y trabajo de los próximos seis años.

Es una noticia tremendamente importante para el futuro del país y es la primera vez que se hace en estas últimas décadas. La vez anterior fue durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva.

Es un desafío enorme para el país. Hacer de la educación algo bueno para los niños y jóvenes, que los ayude a crecer y, a la vez, apoye a los adultos a unirse calificadamente a la fuerza de trabajo, es un reto que nadie puede eludir, dada la exigencia de que nuestras exportaciones tengan mayor valor agregado.

Las cartas están sobre la mesa. Debemos invertir en educación. En ello tiene un papel importante el Estado, pero en las actuales condiciones también lo tienen los particulares, especialmente aquellos que se beneficiarán más directamente con los recursos humanos de calidad que se integrarán al mundo laboral. Los empresarios deben comprometerse, al igual que otros actores sociales, a invertir en esta tarea que ellos y Chile requieren.

En este proceso, que será de largo aliento y que esperamos se realice corrigiendo lo que es necesario, con pocos errores y muchos aciertos, los educadores tenemos por delante una tarea clave, llena de excelentes intenciones. Los profesores saben cómo hacer realidad, en distintas instancias y niveles, los procesos de aprendizaje (y por supuesto de enseñanza) que se deben emprender por parte de los educandos, ya sea para proseguir estu-

dios en la educación superior o para que se integren, a través de alternativas intermedias o terminales, al mundo del trabajo.

Por eso es tan importante revalorizar, en el discurso público y privado de la dirigencia intelectual y política del país, el rol positivo que puede jugar el magisterio en este esfuerzo. Es preciso tener confianza en los profesores, ya que siempre han dado muestras de calidad y compromiso profundo con la causa de la educación nacional. Hoy casi todos los chilenos que nos vanagloriamos de nuestros éxitos y nos sentimos orgullosos de un país que crece con equidad, hemos sido hijos adoptivos de esos profesionales de la educación que tanto han dado por cada uno de nosotros, silenciosamente las más de las veces, en los campos y ciudades de nuestra patria.

Por lo mismo, es de esperar que se dispongan, como por lo demás ya lo anunció el propio Presidente Frei al crear la Comisión Nacional de Modernización de la Educación, las medidas correspondientes para mejorar las condiciones laborales de los profesores. Sin duda, no todo se podrá hacer de inmediato, pero es necesario que el magisterio reciba signos claros de parte del gobierno de que está empeñado en mejorar esas condiciones a partir del año próximo.

En ocasiones es bueno felicitar públicamente, pues con ello se enaltece a quienes así lo merecen y se le hace un bien al país, al destacar lo positivo y crear un mejor clima de convivencia cívica. La medida del gobierno del Presidente Frei merece esa felicitación pública, pues al hacer de la educación una primera prioridad se está dando preferencia a la persona humana, su autodesarrollo y el crecimiento armónico de su entorno social y cultural.

* Rector de la Universidad Educare.



Precisiones del Servicio de Salud Metropolitano

A propósito del artículo del 18 de agosto, titulado "Futuros médicos de la Usach atenderán otros servicios", cabe hacer las siguientes precisiones:

El Servicio de Salud Metropolitano Central suscribió un convenio con la Usach en virtud del cual ambos organismos, más la Municipalidad de Maipú, se comprometieron a elaborar planes y programas de coope-

PALABRA DE

LECTOR

ración, así como estudios encaminados a mejorar las condiciones de salud de la comuna.

La suscripción de este convenio constituye para el Servicio un motivo de gran orgullo por la tradición que la Usach representa en la historia de la

educación del país.

No está de más recordar que sus orígenes se remontan a la Escuela de Artes y Oficios, fundada en 1849. En 1947 se creó la Universidad Técnica del Estado, entidad que reunió bajo un solo cuño la Escuela de Artes y Oficios; las escuelas de Minas de Copiapó, La Serena y Antofagasta; las escuelas industriales de Concepción, Temuco y Valdivia; la Escuela de Ingenieros Industriales y el Instituto Pedagógico Técnico. Posteriormente, en 1981, la Universidad Téc-

nica pasó a ser Universidad de Santiago.

Con la firma del convenio, el Servicio ha querido poner en marcha un plan de desarrollo estratégico de la salud para la comuna. Al servicio le corresponderá fijar las normas, planes y programas; la universidad cooperará con ese desarrollo estratégico, y la municipalidad definirá las necesidades de la comuna, sin perjuicio de que las tres instituciones puedan intervenir en la definición de los planes y las prioridades.

No es efectivo que el convenio vaya a permitir que los alumnos de la Facultad de Ciencias Médicas de la Usach presten "servicios en la Posta Central y en el Hospital Paula Jaraquemada", como erróneamente afirma el artículo, ya que su aplicación se limitó de manera expresa a la comuna de Maipú.

Ricardo Saavedra Maffet
Director Servicio de Salud Metropolitano Central
SANTIAGO